

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 14 DE NOVIEMBRE DE 1920

NUM. 19.276

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

EL POBRE AMOR

ORIGINAL DE
JOSÉ FRANCÉS

Carlos Menjibar vió hundirse el tren en la brusca revuelta de la vía, camino del túnel. Hasta la suave diafanidad azul del cielo subieron leves nubecillas blancas. Sonó un pitido angustioso, desgarrado, y el tren debió entrar audazmente en la negra oscuridad del monte.

Menjibar suspiró.

En torno suyo, la humilde estación recobraba la tranquilidad. De detrás del pozo salían pizpiretas unas gallinas en busca de la tierra negruzca donde estaban los rieles, tibios y estremecidos aun.

El cartero había salido de la estación con un gruñido, que era su saludo cotidiano.

El mozo de equipajes volvió a tumbarse en el banco bostezando. En el recuerdo del camino apareció el *Coro*, el guardaagujas, que volvía de su puesto.

Menjibar tornó a suspirar mientras empezaba a desabrocharse la levita de uniforme.

Ya estaban otra vez solos los tres hombres en aquella espantosa soledad de quietud y de silencio, que poco a poco les iba tornando hurafios y mudos.

Entró en su despacho y se quedó en mangas de camisa. Después se acercó a la mesita del telégrafo, llena de ruedecillas, de timbres, de cintas azules enrolladas, y avisó a la estación inmediata la salida del tren.

Ya hasta las cuatro y cuarenta y tres no pasaba otro; un mercancías sucio y viejo, que se detenía media hora tajan-do la visión gris de los montes fronteros. Se puso la americana y salió al andén.

—Sol, ¿eh?, don Carlos—dijo el mozo de carga y descarga.

—Sí, sol—contestó el jefe de estación.

—Falta hacia—intervino el guardaagujas.

Y no hablaron más. El mozo siguió tumbado en el banco. El guardaagujas empezó a picar una colilla de puro, tira-

La estación era como todas, con su aspecto de casita de cartón: la puerta en el centro, que caía sobre la carretera; la sala de espera, adornada con carteles de aguas minerales y de combinaciones ferroviarias; la báscula, casi innecesaria, y su taquilla de billetes, y su reloj jánico, y un tablero de hule negro, donde el jefe escribía jeroglíficos.

viudo. El guardaagujas debió sufrir cuando prestó servicio a la patria, en un regimiento, algún terrible desengaño, porque sentía profundo desprecio hacia la mujer, y Carlos Menjibar tuvo que pensar antes en ganarse la vida que en buscar el amor.

Y pasaron los días, y las semanas, y los meses, y los años... Los tres hombres

de tercera, y de alguna sueta, inmóvil y triste, detrás de los vidrios empañados por el calor de dentro. O la monótona lentitud de los trenes de mercancías, con sus vagones simétricos de carbón y sus jaulas malolientes, donde se hacían las reses de ojos tristes, camino de la muerte.

Y a cada tren—lo mismo en la hosca negrura de la noche que a la brutal insolencia del sol, sobre el silencio húmedo de la nieve, y bajo la desolada caída de la lluvia—, idénticos gestos, semejantes hechos, iguales palabras.

El timbre del telégrafo anunciando las salidas de la estación anterior, el gruñido del cartero, el tableteo, cada vez más perceptible, del tren y la voz de *Rin*, el mozo de equipajes, a lo largo de los vagones.

—Abuliaaaa..., ¡un minuto!

Luego tres campanadas, la otra campanada del coche correo, el silbato del jefe, un pitido de la máquina, un estremecimiento de los rieles y dos leves nubecillas de vapor en lo alto del cielo y a ras de la tierra, negra de carbón...

Carlos Menjibar llevaba nueve años en la estación de Abulia, y tenía treinta y ocho de vida.

Al principio, cansado de luchar a patadas, a moriscos, en una lucha desigual y desesperada contra el hambre, le fué grata aquella quietud, aquel manso deslizarse del tiempo con la serena y plácida lentitud del agua subterránea.

Se acabaron las zozobras cotidianas, la duda del mañana, siempre incierto; el vivir febril y giróvago en busca del pan y del hogar, siempre ajenos...

Claro que era triste encerrar su juventud en una casa de cartón; estar inmóvil frente a la eterna movilidad; pero, después de todo, tenía asegurada la honradez y el lecho, y tenía una flamante levita azul con botones dorados que le

ennoblecía, que le dignificaba a sus mismos ojos, fatigados de tanto mirar lo errante, lo inseguro, que bien podía ser un vuelo de golondrina sobre su cabeza, como una súbita negrura de abismo, abierta a sus pies.

Los primeros días fueron fáciles y entretenidos. Todo tenía para él encanto de cosa nueva: la variedad de trenes, el orgullo de pasear ante los viajeros su flamante uniforme, las historias del pueblo próximo, contadas por el *Coro* y *Rin* con su habla pintoresca, remendada de tacos y reniegos...

Luego, cuando vió su vida hecha re-



da, sin duda, desde alguna ventanilla del expreso, y el jefe comenzó a pasear por delante de la casa gris, con su cerca de tablas, el pozo, a un lado, y dos vagones que se pudrían bajo las lluvias y el sol de varios años, al otro.

Aparecía y desaparecía brillante, a la clara luz de la tarde, la doble línea de los rieles, con ese mudo ademán de adiós de los ríos que nacen lejos de nosotros y que no sabemos dónde han de morir. Frente al edificio de la estación había un maizal, y más atrás, un monte erizado de castaños. A la izquierda empezaban los túneles del puerto.

Nada más. Ni cantina, ni tiestos en los balcones del segundo piso, ni risas de chiquillos o sonrisas de muchachas, como en otras estaciones. Porque allí no había mujeres. El mozo de equipajes era

se iban haciendo viejos, olvidados de la vida, que a horas fijas pasaba ante sus ojos en un vértigo de caras sonrientes, de rostros malhumorados, de mozos que decían cuchufletas desde las ventanillas

loj, cuando vió que fatalmente, inevitablemente, los hechos cotidianos se repetían; cuando ya supo todas las picardías de cada casa y todas las infamias del cacique, enfermó del mismo mal que Rin y el Cozo: de silencio, de encogimientos de hombros, de largos ensimismamientos entre el correo de las dos y treinta y el mixto de las cuatro y doce; desde que desaparecía la última guedija humosa del expreso hasta que dos horas y veintidós minutos después llegaba un mercancías.

Entonces intentó distraerse con el brillante juguete del telégrafo. Se comunicaría con los jefes de las otras estaciones; y en las lentas tardes del verano o en las noches de invierno vibraron a lo largo de la vía férrea los alambres, llevando y trayendo palabras idénticas de cansancio y de hastío. Pero también se cansó de aquella comunicación, semejante a la de dos presos de calabozos contiguos. Sus compañeros sufrían como él; ni siquiera soñaban como él, y tanto tenía con sus murrias para buscar además las ajenas.

Se declaró vencido. Fué la suya la muda resignación del vagabundo que al fin se tiende, rostro al cielo, en medio del sendero; la súbita flojedad muscular del luchador en el circo que siente agotadas sus fuerzas bajo el peso de su rival.

Ya no era mas que una cosa que hacía números en la mole negra de la fachada, que manipulaba en el telégrafo y se ponía y quitaba la levita de botones dorados.

Pero una mañana de julio sucedió algo que, siendo vulgar y corriente, le pareció insólito e inaudito.

En uno de los vagones de primera del correo de Asturias había asomada una mocita rubia y pulida, que sonreía. Tenía los ojos muy azules y la carne muy blanca. Le llamó con la manita enguantada con finos guantes de piel gris.

—¿Qué pueblo es éste, me hace el favor? No he oído bien al mozo.

—Abulia, señorita.

—¿Cómo?

—Abulia.

Se echó a reír.

—¡Uy!, Abulia... ¡Qué nombre más feo! Se deben ustedes aburrir mucho...

Detrás de ella apareció una señora.

—¡Vamos, niña, no digas tonterías!... Usted perdone, señor jefe.

Menjíbar se llevó la mano a la gorra:

—De nada, señora...

Estaba como atontado por aquella juvenil alegría de la mocita rubia.

Ella no le hacía caso. Señalaba con la manita gris al pozo.

—Mira, mamá, mira qué gallinitas más monas. ¡Pío!, ¡pío!, ¡pío!

Pasaba el tiempo. El jefe no se daba cuenta de que había transcurrido el minuto reglamentario. Pitó la máquina, sonó dos veces la campana del coche correo. Desde los vagones de tercera, una voz aguardentosa protestó:

—¡Eh, amigo! ¿Es que hay parada y fonda?

Al fin se le acercó Rin, un poco asombrado de semejante olvido.

—¿Qué, don Carlos?

Lanzó un suspiro.

—Sí, anda...

Rin se abalanzó a la campana, dió tres tirones, pitó la locomotora, hubo un temblor sonoro de hierros y el tren salió de la estación de Abulia. Desde una ventanilla, la manita enguantada de gris se despedía de las gallinas.

—Adiós, gallinitas, adiós... Que seáis buenas...

Carlos Menjíbar permaneció mucho tiempo inmóvil en el andén, sin acordarse de que tenía que quitarse la levita y hacer un garabato blanco en el hule negro y oprimir el timbre del telégrafo.

Por primera vez, desde que era jefe de estación, se dió cuenta de esa cosa tan brutalmente triste que es un tren marchándose.



Desde entonces no vivió tan sólo para el horario de los distintos trenes; vivió para algo más, para dos momentos anuales de infinita alegría y de suprema trieteza. A primeros de julio pasaba ella en el correo de Asturias, tal vez hacia alguna playa brumosa; a últimos de septiembre volvía a pasar, un poco más morena, tal vez, hacia tierras de Castilla. ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? ¿Cómo se llamaba?

Un hondo misterio envolvía la figura blanca y rubia, que durante cinco años pasó, como el estribillo de una canción inolvidable, frente a Carlos Menjíbar.

En cinco años varió mucho. Se hizo mujer. Su rostro, sus ademanes adquirieron

cierta seriedad, cierta suave melancolía, bien distintas del aturdimiento infantil que mostró en el primer viaje.

Y siempre sola, con su madre, en el reservado de señoras.

Carlos pensó en los hombres que se encontraría aquella mujer en el camino, en la preferencia que tal vez concediese a uno de ellos, en la boda posible... Y unos celos impetuosos, irreflexivos, le hicieron llorar y morder la almohada durante las cruentas noches de invierno, bloqueada la estación por la nieve.

Y una vez no pudo contenerse. Fué al pasar el correo ascendente, un 5 de julio esplendoroso y alegre.

Ella iba asomada, como siempre, a la ventanilla. Se acercó inconscientemente, sin darse cuenta de lo que hacía.

—Usted perdone, señorita... ¿Se llama usted María?

Ella le miró asombrada. Luego se echó a reír.

—No; ¿por qué?...

—No; por nada; tonterías. ¿Usted se acordará que hace cinco años me preguntó usted cómo se llamaba este pueblo, y le hizo mucha gracia?... Me parecía que su mamá la llamaba María...

—¡Ah! Sí... Es verdad... Sí... Pues me llamo Sagrario...

—¡Ah!...

No pudo decir una palabra más. Rin dió la salida, según habían convenido de antemano, para no faltar al reglamento, y el correo de Asturias desapareció en la brusca revuelta de la vía, camino del túnel.



Primero hubo un alarmante tintineo del telégrafo. Después llegó un hombre a caballo y gritó:

—¡Un descarrilamiento! El correo de Asturias ha descarrilado junto al kilómetro 517. Hay muertos y heridos.

Llovía desde comienzos de septiembre y era el 2 de octubre.

Carlos Menjíbar se abalanzó al telégrafo, dando la noticia a la estación inmediata. Así, de un pueblo a otro, corrió el grito de angustia, bajo la lluvia torrencial.

—Pero ¿cómo ha sido?

—Nada. Un desprendimiento de tierras. Vamos, vamos...

El crepúsculo se adelantaba con la lluvia. Anochecía rápidamente.

Carlos Menjíbar se agarró a la brida del caballo.

—Bájate.

El hombre le miró estupefacto.

—Pero, don Carlos...

—¡Bájate he dicho!

Lo dijo de tal modo que el jinete obedeció.

El jefe de estación montó sobre el caballo, y, sin despedirse, taloneó los ijeres húmedos de lluvia y de sudor. Fue una carrera loca y desalentada, devoradora del espacio en la noche lúgubre. Resoplaba el animal, enardecido por los taconazos de Menjíbar. Atrás quedaron los postes vibrantes, sonoros, que sostenían palabras de horror y de esperanza...

Menjíbar repetía el nombre adorado:

—¡Sagrario, Sagrario!

Al fin, llegó. El tren yacía destrozado al borde del abismo. Los primeros coches con la locomotora y la Ambulancia de Correos se derrumbaron. En lo alto brillaban mortecinas las linternas; se oían lamentos y rebullían sombras.

Menjíbar desmontó y bajó rápidamente, buscando los coches de primera clase... Tropezó con gente, con hombres que conducían heridos, con hombres que intentaban levantar maderos astillados y que buscaban en el suelo fangoso y sangriento con las linternas.

Se acercó a un guardia civil:

—¿Hay muertos?

—No sé; dicen que sí...

Eran momentos de horror y de confusión. Nadie sabía nada. Gemían los heridos, y la lluvia, torrencial, implacable, seguía cayendo.

Y sin saber cómo, se encontró con el cuerpo de Sagrario, que llevaban dos hombres. Iba muy pálida, desmayada o muerta. De la frente blanca resbalaba un hilo de sangre, que iba oscureciendo la cabellera rubia.

—¡Sagrario! ¡Sagrario! ¡Quietos! Esperaos un momento. ¿Va muerta?

—Paezlu—dijo uno de los hombres, deteniéndose.

—Pobrina... Tan maja como ye... comentó el otro.

Carlos Menjíbar cayó de rodillas, enloquecido, frenético de dolor, cogió una de las manos que arrastraba en el lodo sangriento, una de aquellas manos que se agitaron cinco años antes despidiéndose de Abulia por primera vez, y la dió un beso...

José TORAL

José FRANCES

LA VIDA SIGUE...

¿Por qué ya en estos yermos del corazón gastado no florecen, vivaces, las encendidas rosas?

¿Por qué en mi pensamiento, por el dolor turbado, se nubla el claro día con sombras misteriosas?

¿Dónde fueron los ritmos de mi cantar sonoro?

¿Dónde de amor y gloria los himnos inmortales?

Vibra sólo en el alma, con desmayado coro, el eco dolorido de salmos funerales.

¿Es que la loca vida, con su ventura loca, ya no me llena el alma de ensueños e ilusiones,

y en polvo se deshace cuanto mi mano toca, y mueren en mis labios las alegres canciones?

Yo recuerdo otros días de singular encanto, cuando el sol alumbraba la altivez de mi frente y vibraba en mis labios el amoroso canto y los guerreros himnos en mi estrofa valiente;

cuando la vida era cual sol que se levanta y aclara con sus rayos las sombras del sendero, y temblaba en mis manos como la Forma santa tiembla en las graves manos del sacerdote austero.

¿No tiene ya la vida sus tibias primaveras, sus días agitados, sus noches silenciosas?

¿No tienen las mujeres sonrisas hechiceras, ni en el rosál florecen las encendidas rosas?

¿No se cubre ya el campo con manto de verdura?

¿Ya no aroman el aire los blancos azahares?

¿Ya no tiene la sierra su serena hermosura, ni sus olas de plata los encrespados mares?

¡Oh, corazón doliente, que entristecido añoras de tu dulce pasado la dicha placentera!

En el reloj del tiempo sonaron ya tus horas; inclínate vencido: pasó tu primavera.

La vida no se extingue, y con su ritmo ardiente otros seres entonan sus mágicos cantares;

brotan el amor divino de la encantada fuente, y otros lechos perfuman los blancos azahares;

nuevas sonrisas lucen en juveniles labios; otras llamas fecundas inflaman las pupilas; otros falsos problemas investigan los sabios, y otras fiebres desvelan las noches intranquilas.

La vida no se extingue; sus cantos no concluyen; brotan con el encanto de la ilusión primera; de las rocas ingentes los manantiales fluyen, y del invierno triste la alada primavera.

No hubo mudanza alguna; borrando el leve rastro de ensueños e ilusiones, pasaron ya mis horas; pero la tierra alumbraba la misma luz del astro, y en sus eternas lumbres se encienden las auroras.

¿Qué es lo que a mí se aferra cuando el alma pretende alzarse a las regiones de su ilusión primera?

Es la noche que llega y que su sombra extiende; es la muerte que acecha y que impaciente espera.

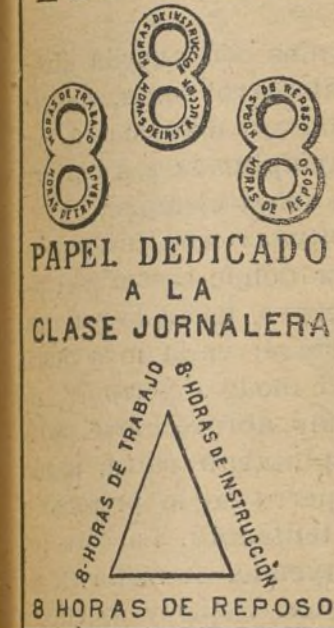
LA HISTORIA QUE ARDE

EL SOLAR MÁS REDUCIDO DEL INGENIO

NUESTRA industria de libritos de papel de fumar ha sido cronológicamente la primera de Europa, y, desde luego, la mejor del mundo.

Ha sido así porque desde su aparición en Cataluña, a fines del siglo XVIII, hasta el presente, no sólo ha satisfecho una necesidad, sino que ha sabido provocarla y sostenerla, utilizando para el caso los medios más ingeniosos y los recursos más hábiles.

LOS TRES



Se han fabricado papeles blancos, negros, amarillos, verdes y de color de rosa. Se los ha preparado con perfumes, con sustancias medicinales: brea, salvia, alquitrán, jaramago, tolú, cacao, yoduros y mentol; con productos alimenticios: arroz, trigo, caña, regaliz. Se han hecho, en fin, de algodón, de hilo, de paja y hasta de amianto.

Pero donde se ha desplegado todo el genio y el ingenio de nuestros industriales y fabricantes ha sido en la presentación del producto.

Los hombres, las ideas, los adelantos; todos los acontecimientos y toda la vida se han puesto a contribución para el ornato y embellecimiento de las portadas de los libritos de papel de fumar. Así, la colección de marcas empleadas por nosotros en esta industria puede utilizarse para ilustrar una historia universal del siglo XIX, y no digamos de una historia de España.

Fuera de las marcas de una mentalidad francamente de mercader: «El Jarro», «La Estrella», «El Abanico», «El Centauro», se ha exaltado, sobre todo, al hombre, glorificándole como ídolo de la opinión.

En las marcas del aguardiente anisado la exaltación ha sido menos culta, teniendo «mal de ojo» para las personas exaltadas. Se ha enterrado en ellas donosamente a las más altas glorias de la patria, precipitándolas, vivas aun, en una idéntica elaboración de pacotilla. Nos hemos bebido así los grandes toreros, los políticos, los artistas, los polígrafos, los sabios y las eufemistas.

En los libritos de papel se ha hecho más. Se ha llevado a los hombres con las ideas y se han suministrado las ideas como gritos propulsores de la opinión. Hay libritos de papel para todas las comuniones políticas: papeles liberales, conservadores, republicanos, socialistas, carlistas, fueristas, nacionalistas, catalanistas. Papeles de «Don Carlos», de «Las ocho horas», de «La Unión Nacional», de «La Solidaridad Catalana», etc., etc.



DON CARLOS

Esta misma «Filosofía misionista» que surge ahora tras la guerra como una exaltación del movimiento, de los transportes, de las relaciones y comunicaciones, hasta reducir al hombre al «vehículo más modesto de la Historia», ha sido adivinada entre nosotros en la serie de marcas que, desde la celebrísima de «El Caballo» (1861) hasta «El Acroplane», han puesto ante los ojos atónitos de los labriegos y de los niños «El Ferrocarril», «La Bicicleta», «El Automóvil», «El Submarino» y «El Cinematógrafo», que la Prensa y los maestros de escuela no han podido mostrar más rápidamente para enseñanza del común de las gentes.

Como hasta el Real decreto de 20 de noviembre de

1850 el legislador no se había percatado de la propiedad que el ingenio humano crea, las marcas y nombres comerciales, indefensos, estaban entregados a la acción falsificadora. Una parte no pequeña cabe a la industria de libritos de papel de fumar en la creación de nuestra legislación de marcas, y las sentencias en los pleitos sobre el uso y propiedad de «La Estrella» (1866), «La Pantera» (1879) y «El Caballo» (1884) son lo mejor de la escasa jurisprudencia sobre marcas.



Esta industria ha enseñado, además, a muchas otras el valor que la psicología tiene en la función comercial, haciendo que el producto satisfaga, no sólo una necesidad material, sino a lo subconsciente estético del comprador.

Se han fabricado libritos conteniendo reproducciones iluminadas de los mejores cuadros del mundo: con un curso de Historia natural, con la tabla de Pitágoras, con el Sistema métrico decimal, con figuras recortables, con espejo, con abanico y hasta con máquina para hacer pitillos.

Pensando siempre en la máxima satisfacción del comprador, se han lanzado papeles que podían evitar el uso de la pipa, dotándolos de boquilla de ámbar, de

pitillos no se fuman en Francia sino desde 1828, mucho después de causar la admiración de los viajeros el arte de hacer cigarrillos nuestros labriegos y de ser proverbiales las cigarrerías de Sevilla, entre las que se encontraba entonces «Carmen», de Merimée, la famosa gitana, que ha corrido todo el mundo, llenándolo con los ecos de su pasión, cromatizada por Bizet.

El papel de fumar ha hecho que nosotros fumásemos mucho menos que los demás pueblos del mundo.

La manera de fumar nos caracteriza y delata mucho más que el llamar a los camareros, fuera de España, dando palmadas, creyendo que estamos en la Península.

Nosotros, que después de jugar a la lotería compramos «la lista grande», que siempre es incompleta, para perder cinco céntimos más—si es que la lista no se ha subido—, compramos, además del paquete de pitillos, un libro de papel para mejorar la condición del tabaco y fumar menos.

La confección del cigarrillo, si no hubiera sido originariamente una imposición del deseo de fumar, sea como sea, la hubiéramos inventado para llenar ese tiempo que exigen nuestras resoluciones, llenas de duda y de pereza, y que terminan por lanzar un aplazamiento o puntuar nuestras mentiras.

La enemiga de Tolstoi contra el tabaco ha podido ser escuchada en esa Rusia que hoy es bolcheviki; pero no entre nosotros, que, con menos resolución, necesitamos defendernos del enemigo liando pausadamente un cigarro y dando luego, después, nuestros descargos espaciados de tanto en tanto entre algunas chupadas.

¿De qué manera podrían llenar el tiempo necesario para la reacción las personas sorprendidas, mejor que haciendo un cigarro? ¿Se concibe la socarronería de un labriego a quien se le pide una noticia, si le vemos sin un papel pegado en los labios y moliendo el tabaco entre las manos?

Hay papeles que arden mal. Es cierto. Pero puede tenerse por seguro que se fabrican así para que llenen el tiempo que necesitan los hombres irresolutos.

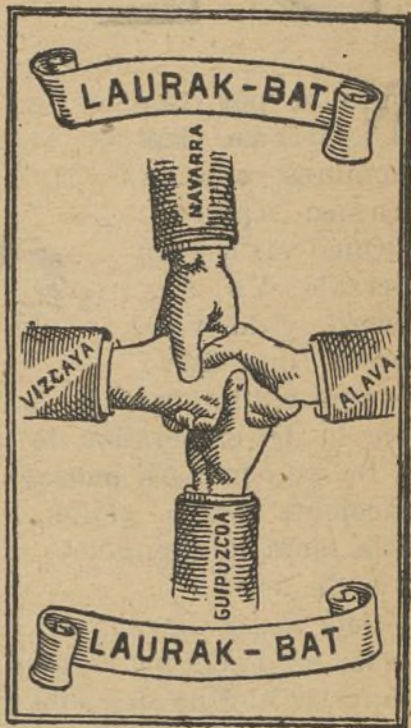
Toda esa diversidad de papeles es menos intrínseca de lo que parece; pero toda esa diversidad es necesaria para el individualismo que nos domina. Mi papel de fumar y mi reloj son más que yo mismo.

Se comprende que no sólo hayamos fabricado buen papel, sino que hayamos enseñado a fabricarlo a los extranjeros.

El fabricante del papel «Job», José Bardón, aprendió en España. Su célebre marca, creada por una evolución tipográfica, fué primero la exhibición de sus dos iniciales separadas por un punto; punto que luego fué un rombo, y, abriéndose, finalmente, dió a las gentes la sensación del nombre del más paciente de los mortales, según los libros sagrados.

Me parece que no puede pedirse más a una industria que, fundada en tres decímetros en cuadro, ha puesto a contribución para su vida la política, la ciencia, el arte, la crítica y hasta la invención de una palabra.

Rafael URBANO



corcho y hasta de oro, aunque, naturalmente, fantástico. El sumo de la gracia, del ingenio y de la piedad se lo han disputado los papeles para fumar delante de los padres sin que se enteren; papeles que, fumados, quedan ennegrecidos, como mojados en tinta, y que podían volver a utilizarse otra vez; papeles que revelan una fotografía (no muy honesta muchas veces), y papeles, en fin, para los ciegos, señalados en uno de sus extremos para poder cerrar el cigarro por la goma sin tener que preguntarlo.

Nuestra industria empezó su prosperidad desde 1840. Era frecuente para nuestros abuelos, entonces, recibir en su correspondencia del Extranjero la inevitable postdata: «Y ahora un favor, amigo mío: ¿Quiere usted remitirme unas hojitas de papel para el tabaco?»

Los primeros libritos eran, con todo, pequeños, demasiado caros, bastante malos y con treinta hojas nada más. El papel era muy grueso.

La incuria y abandono de los Gobiernos han hecho que esta industria, donde tanto talento y tenacidad se han puesto, no prospere como merece. Se nos ha anticipado la industria francesa, y la austriaca nos ha desalojado de Turquía, Grecia y Egipto. El millón y medio de pesetas de nuestras exportaciones, antes de la guerra, es verdad que ha subido a cuatro; pero debía, racionalmente, de haberse centuplicado.

Nosotros hemos enseñado a fumar al mundo. Los pi-



LAS TRIBULACIONES DE LIMPIAPLUMAS



No sé por qué tirán los hombres, cuando pasan lapuros: «¿Qué vida tan perra!» Yo soy perro, y la vida perra que llevo es una vidita superior, que no cambio ni por la del emperador de la China»...

De esta manera pensaba y ladraba un excelente perro grifón, color canela, que tenía de mimado y feliz lo que tenía de feo.

Seis meses llevaba en el mundo nada más; pero seis meses más aprovechados, ¡imposible! Una doncella le daba papilla con azúcar; un criado le llevaba al baño de los perros—establecimiento a propósito donde iban a bañarse todos los perros de las familias mejores de Madrid—; y un marqués nada menos—¡qué atrocidad!—le sacaba en coche por las tardes y le llevaba a pasear por la Moncloa, la Dehesa de la Villa y la Casa de Campo...

Y el grifón no entendía que pudiese existir vida mejor que la vida perra de los perros... Pero, ¡ay!, no tardó en enterarse de lo equivocado que estaba...

Un día que asomó las narices fuera de la verja del hotel donde vivía, le cogió un hombre en brazos y se lo llevó a la Puerta del Sol, donde lo vendió por diez pesetas...

¡Y se acabó la buena vida!... Por lo pronto, le llevaron muy lejos, no supo dónde, metido en una caja, en la que no podía respirar. Luego, cuando llegó a su nueva casa, se encontró con que había cinco chicos en la familia, todos a meterse con él y a reírsele...

Envolvieron al chico pequeño en el felpudo y le hicieron andar a gatas para demostrar que se parecía al perro; le hurgaron en el hocico para ver qué hacía y, por último, le pusieron de mote *Limpiaplumas*...

Limpiaplumas los despreció, por no morderlos, y se marchó a conocer las dependencias de la casa para ver si descubría algún rincón donde poderse divertir a sus anchas.

Al entrar en una habitación oyó una voz que chirriaba lo mismo que un cerrojo. Se volvió asustadísimo creyendo que era la miss, pero era el loro.

¡Hombre, aquello era mejor!... Un amigo con quien divertirse. Y empezó a dar brincos y ladrados; pero el muy... no sé qué del loro le llamó «ladron!...», «gratujal!...» y «chuchol!...» ¡Chuchol!... ¡Habrás visto!... ¡A él!

Le fué a dar un manotón para escarmiento, pero se lo dió a la jaula, y la jaula rodó por los ladrillos, y el bebedero se hizo añicos, y el comedero salió danzando, y el loro, dentro, comenzó a dar aletazos y chillidos tan atroces que toda la familia llegó corriendo, en tanto que *Limpiaplumas* escapaba más corrien-

do aún que la familia. Conforme huía, pasó por una habitación que le hizo pararse de repente y no pensar en más: «un espectáculo encantador se presentaba ante sus ojos: un cesto de mimbre, todo lleno de ovillos de lana, con los que la señorita de la casa estaba fabricándose una alfombra».

¡Oh, dicha!... Pocas cosas le gustaban a él como aquello de coger un ovillo y sacarle un hilo y tirar...

... Y tirar más...

... Y seguir tirando...

Y...

—¡Gratujal!... ¡Chuchol!...

Otra vez tuvo *Limpiaplumas* que salir de estampía. Fuése a la huerta, buscando un rincón de paz, lejos del «mundo» y ruido, del loro y la familia, cuando topó allí con un conejo que, dentro de su jaula, formada por listones de madera, roía unas hojas de lechuga.

«¡Menos mal!—pensó el perro—. Animal de pelo como yo. Me entenderá me-

yo que no parezca mal? ¿Por qué me riñen? ¿Por qué me persiguen? ¿Tengo yo la culpa de no saber, a mi edad, lo que se coge y lo que no? ¡Bastante sé para la edad que tengo!... El hijo de mi amo, que había nacido hace seis meses, como yo, no sabía andar, ni oler, ni ladrar. No sabía nada. Y yo, que sé tantas cosas, les parecen pocas todavía... ¡Cuidado que son brutos algunos!... Necesitan aprender las cosas en unos libritos, y encima se creen listos y quieren mandar en todo el mundo... por diez pesetas... ¡Vamos!... ¿Tienen libros para mí, vamos a ver?... ¡Me han dado libros donde diga si se puede o no jugar con los ovillos y si se debe o no hacer esto y lo otro?... ¡Pues, entonces!...

Y mientras iba gruñendo todo eso iba también acercándose, acercándose, al sitio de donde venía un olor riquísimo a chuleta. En la ventana de la cocina tenía la cocinera una chuleta succulenta, puesta al fresco, muy envueltecita en manteca, pan y perejil.

«¡Esta es otra!...—volvió a decirse *Limpiaplumas*—. ¿Qué debo hacer: comérmela o dejarla?... Cuando la cocinera la tiene en la cocina, señal de que es cosa que se come. Y si se come, ¿por qué no

partes, entusiasmados con aquella diversión de la caza del perro: todos, completamente todos, salieron decididos a cortar el paso a *Limpiaplumas* y a cortarle el resuello de una felpa ejemplar...

Corrió *Limpiaplumas* con desesperación, sin saber por dónde escurrirse; pero de pronto se detuvo, decidido a no correr y a no apurarse; valía más morir que vivir de aquel modo... perro. Y, sobre todo, valía más aprovecharse de la ocasión, que la pintaban galva, según dicen, y que al perro se le presentaba con una calvicie tentadora. La cosa fue que, según iba huyendo, se metió en un cuartucho de trastos viejos y se encontró allí con una lata de petróleo, una lata grandísima, llena de natillas o de crema. Y el grifón pensó que era preferible zamparse el contenido de la lata en vez de andar huyendo de los amos, porque al fin y al cabo terminarían por cogerle y... los duelos con pan son menos «De perdidos... ¡a la crema!»

Se empujó, apoyó las patas delanteras en los bordes de la lata, estiró el cuello para llegar con la lengua a las natillas y... se volcó encima la lata.

El estrépito sirvió de guía a los persiguidores, que se encaminaron hacia la leonera; pero ¡cuánto no sería su asombro al encontrarse por el pasillo un perro que, en vez de correr, venía muy despacio, y que no era *Limpiaplumas*!... era un perro blanco, color crema...

La lata de natillas no era de natillas; era de pintura de puertas, y al volcarse encima le había teñido por completo, y le había llenado los ojos de una cosa que picaba y que no le dejaba ver... Así que, resignado, vencido definitivamente, había decidido salir, entregarse a la familia y fuese lo que fuera, ¡que le matasen de una vez... o le lavaran!...

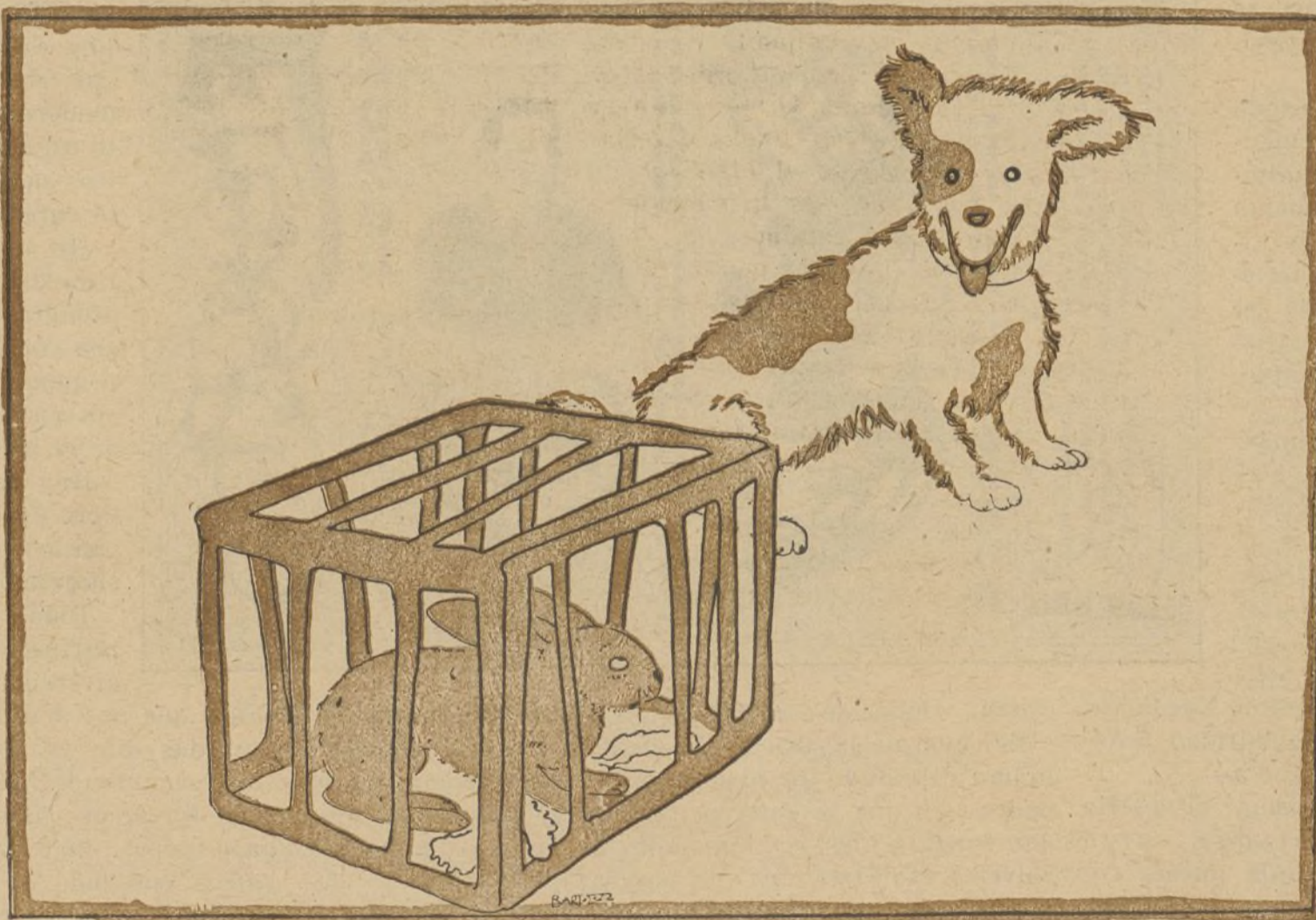
Y, ¡mire usted por cuánto! Ahora, que no trataba de huir, no le perseguían, y cuando al fin se enteraron de la verdad, en vez de enfadarse más por un nuevo estropicio, se echaron a reír, le frotaron con aguarrás y le perdonaron todo lo que había hecho.

Y no contentos con aquella limpieza que le dejó todo lo relativamente guapo que *Limpiaplumas* podía ser, la señorita de la casa le volcó encima medio frasco de esencias para quitarle la peste a la cocina y hasta se pelearon los chiquillos por peinarlo.

«¿Hay quién lo entienda? La vida perra consiste, por lo visto, en no saber más cómo van a tomar los demás lo que uno hace... Se pone uno a jugar, y se enfurecen... Y, en cambio, se lía uno la mata a la cabeza, se decide a cometer disparates en gordo y... se rien. ¡Vaya un tedio a entender a las gentes!... ¿Qué condición más perra de hombres!...»

Y *quau, quau*, este cuento se ha acabado.

PIM-PAM-PUM



jor que los animales de pluma...» Y le dió, muy cortés, los buenos días. El conejo, impávido, siguió sin atenderle, mirándole de reojo, sin moverse, con aire de escama, y encogiéndose y contrayendo el hocico como si le picasen las narices. «¿Será de verdad o será de juguete?—llegó a pensar el perro—. Y como era un hombre de acción, todo lo hombre de acción que suelen ser los perros cuando jóvenes, dió un brinco y agarró una oreja al bicho... ¡Era de verdad! De pura carne y hueso... Y de pura madera la estaca del hortelano, que vino en socorro del conejo, y que hizo salir de la huerta a *Limpiaplumas* más de prisa que había escapado de la casa.

—¡Maldita sea mi suerte!... ¿Qué haré

me la como?... Y si no me la como, ¿para qué me han puesto la nariz? ¿Para qué me han puesto la nariz sino para oler las chuletas y saber dónde están y... comérmelas!...

Aquello era discurrir. Y como el discurrir sirve para saber lo que se debe hacer en el mundo, discurriró primero y después se comió la chuleta...

—¡El chuchol, ha sido!...—oyó de pronto que gritaba la cocinera... Y aquella fué la situación definitivamente horrible, porque la cocinera con la escoba, por la casa; el hortelano con la estaca, por la huerta; el señorito, que se había quedado sin chuleta, por el jardín; la señorita, decidida a vengar el estropicio del ovillo, por la escalera, y los chicos por todas

IMPRESIONES DE VIAJE

"DETALLES" ROMANOS

Esos mil y un pequeños «detalles» de Roma, mejor dicho, de la vida de Roma, son los que luego, en nuestros recuerdos de viaje, deshacen armoniosamente la solemnidad, demasiado abrumadora, de la Ciudad Eterna. Son los que le infunden «contemporaneidad», los



Muchacha de los arrabales

que quitan a sus ruinas su grandioso aspecto de muerte; en una palabra: los que ponen a nuestro alcance vestigios de una historia demasiado sublime para creerla en algún tiempo cotidiana.

Por eso dejaremos a los «sublimizados» de profesión la tarea de expresar

ca lo bastante ensalzados) con visiones pequeñas, pero de hoy; visiones *nuestras*.

(Y cuánto trabajo no les cuesta a los eruditos recomponer tales visiones del pasado!)

Tranvías.—Los tranvías romanos no son meros medios de locomoción fácil y económica; son tan peculiares, tan distintos de todos los demás tranvías del mundo, que no es exagerado afirmar que tienen un carácter representativo, si no de todo el pueblo, por lo menos de un momento completo de este pueblo.

Bestiamen.—¡Con qué buen humor llaman así los desgraciados viajeros a unos coches sin asiento alguno y en el que caben—han de haber—en pie cuantas personas pueden humana o animalmente ser prensadas! Se hicieron cuando la guerra, para transporte de soldados; han quedado después con la táctica, alegre y forzada aquiescencia de todos. Y su aspecto de «vagón para bestias» es confirmado por sus cobradoras y conductoras, dulces ejemplares del sexo débil puestos ahí como prueba evidente de que este sexo tiene arrestos para dominar cualquier jaula; porque ¡hay que ver los empujones con que estas dulces *tricotées* prensan su «mercancía»! ¡*Avanti!* ¡*Avanti!* Y puedan o no, han entrado tres personas... tres bestias más. Ahora que en estos «bestiamen» no viaja uno por lo menos con los pies de nadie encima de sus hombros, como en los demás tranvías, en que hay siempre unos cuantos «viajeros de ventana», que suben por fuera, dejan colgar sus piernas hacia adentro, y a los cuales, como no han subido al coche, la cobradora, por muy bravía que sea, no se atrevería nunca a reclamar amenazadoramente el *bighiето*.

En San Pedro.—El ver la víspera de la canonización instalados en el interior de la basílica tres puestos de socorro para los desmayos causados por las apreturas nos quita las ganas de ver un espectáculo único en el mundo. La canonización celebrase por la mañana (a las diez, y desde las tres de la madrugada las tropas acordonan la plaza, negra de muchedumbre, y eso que no dejan pasar mas que a las personas provistas de invitación). Por la tarde vamos,

nave central, para evitar que el Papa muera ahogado por el gentío. Cuatro guardas reales se apoyan en la barrera que protege, los días de fiesta, la imagen de San Pedro, resplandeciente de pedrerías. Es costumbre besarle el pulgar del pie derecho. Como hoy lo impide la barrera puesta delante, las gentes alargan el brazo por encima de ésta, tocan el

partes, por todos los sitios en que aparece un *bersagliere* con sombrero de mujer, un tipo siciliano de esos que se ven en el «cine», con pañuelo de seda al cuello, sombrero alto, blando y redondo, y



«Carrozela» de la romería del «Divino Amore»

pie de bronce y se besan luego devotamente la mano. Todo Roma, el todo Roma que no pudo conseguir invitación, está aquí, y está verdaderamente como en un espectáculo. Se sienta uno como

cara de bandido calabrés, o una de esas *chocharas*, de esas aldeanas de las afueras, con mucho anillo, mucho coral, corpiño de terciopelo y cofia blanca, y que resultan inverosímiles sin música de Mascagni.

Queso y tomate.—¿Les parece bien el menú a los señores?

—Sí; pero sin queso ni tomate.

—E ¿cómo le *vole allora*?—dicen los camareros, asombradísimo.

Los ciceroni.—Los ciceroni de Roma no son como los de otro sitio; son verdaderamente los «recitadores» de las glorias de su ciudad. Sienten estas glorias como nadie, y al hablar de algún César (Roma, además de la ciudad de las cuatrocientas iglesias, es la ciudad de las cuatrocientas—por lo menos!—termas cesarianas) lo hacen con un orgullo más que imperial: *neroniano*. Saben muy bien que aquí, ante sus monumentos, ningún turista hará nunca una de esas comparaciones que suelen hacer en otras ciudades con cosas ya vistas. Saben muy bien que esto, *lo suyo*, no se ha visto nunca, y que es incomparable.

Las «carrozelas».—En las afueras ha sido hoy la romería del *Divino Amore*. A galope, con el bullicio de sus mulas engalanadas, los romeros atraviesan anochecido el *Corso*, imponiendo, en medio del paseo de la gente elegante, la elegancia genuina de sus carritos pintados, llenos de cantares y de flores de papel.

Y esta nota típica, esta *chillonería* de colores de todas clases—colores que se *oyen* y colores que se *ven*—es, sin que sepamos por qué, nuestra más genuina sensación romana. Sin duda porque, a pesar y por encima de todos los Vaticanos y todos los Foros, Roma es hoy la ciudad zarzuelera por excelencia. Esto, irremediablemente.

Margarita NELKEN



El Foro romano

por escrito sus éxtasis y sus admiraciones, prefiriendo ilustrar nuestros recuerdos del Foro y de la Vía Apia (eso sí, nun-

como todo Roma, a ver el aspecto de San Pedro.

Barreras de madera a lo largo de la

Tumba de Cecilia Metela

puede, donde más a mano le cae, cuando está cansado, y así unas cuantas mujeres dan tranquilamente el pecho a sus hijos, vueltas de espaldas al altar mayor; unos chiquillos corretean jugando por entre las barreras, riéndose y llamándose a gritos. De vez en cuando alguno cae, resbalándose sobre las mondas de frutas, los pellejos de salchichón y los papeles grasientos que llenan el suelo como vestigios de las interminables horas de la mañana. Y únicamente algún que otro grupo de extranjeros se escandaliza y parece recordar que allí, en «la Confesión», aquellas luces y aquellas flores rodean el cuerpo del Apóstol.

Carnaval.—Le vemos aquí por todas

INSOMNIO

Con gran sobresalto y congoja despierto en medio de la noche.

Se ha roto el ensueño que se iba tejendo en mi mente; era un ensueño vulgar, muy pegado a la realidad cotidiana, que se iba desenvolviendo lenta y dolorosamente, como si allá en el fondo de mi conciencia existiera el convencimiento de que todo aquello era una ficción tan pobre que no valía la pena alimentarla. Hay ensueños mucho más pobres que la más vulgar de las realidades; la realidad a su lado parece ilusión. Estos ensueños son como un perezoso y rítmico movimiento con que la imaginación, al reposar de la vigilia, se queda barajando unos pocos materiales que han quedado abandonados a su alcance.

Mi ensueño se tornaba cada vez más lento y monótono, cual si se le fuera acabando la cuerda.

De pronto, parece que algo se rompiera dentro de aquel endeble armazón, que saltara la cuerda; todo se desvencija, las figuras se doblan como peleles, la denominación se esfuma. Despierto en medio de la noche.

Mi alma se alza presta y anhelante en la oscuridad y el silencio, cual si hubiera llegado su hora. Me vienen a la memoria los versos de un poeta predilecto:

... ¡Mi hora!—grité—. El silencio me respondió:—No temas; tú no verás caer la última gota que en la clepsidra tiembla.

Si todo en mi alrededor es silencio, tinieblas, soledad, ¿por qué despierto como si alguien me avisara una hora fatal?

Creo que si un condenado a muerte lograra conciliar el sueño la noche antes de su ejecución, despertaría con este mismo sobresalto que yo siento ahora. Una vez, al despertar después de una gran desgracia, experimenté algo semejante.

Pero no, no acaba de sucederme ninguna desgracia, ningún grave peligro me amenaza. Mi sobresalto es injustificado, y tal vez por eso más doloroso.

Todo son tinieblas: en derredor y dentro de mí. Mi alma, perdido el contacto con las realidades que ahora recuerdo como ilusiones, completamente desnuda, se ha alzado en medio de la fría y negra soledad de la noche y tiembla de miedo y de frío.

¿Estoy ahora más cerca de la realidad, o cuando sentía el calor de todo lo que ahora se ha sumido en las tinieblas? No sé.

¿Qué monótono, qué misero me parece todo el camino que he recorrido hasta aquí! Nada hay en él digno de vivir en el recuerdo. Y si miro hacia lo futuro, veo serpear y perderse el mismo camino, siempre igual, tan monótono, tan miserable. Sin embargo, no me siento con fuerzas para lanzarme a campo traviesa; comprendo que acabará por rendirme la fatiga y que caeré desfallecido sobre este camino seco y polvoriento. ¿Será, quizás, a dos pasos de aquí? ¿Quizás muy lejos? ¿Qué más da, si el camino es siempre igual?

Acuden a mi memoria los versículos del Ecclesiastés, ese amargo y árido canto que sólo pudo ser entonado por un pueblo nómada que arrastraba su miseria al través de la sequedad y monotonía de los desiertos.

Me parece que ando sobre un desierto de arenas negras y bajo un cielo negro. Me parece que las variedades que llenan mi vida son, lo mismo que el ensueño que acaba de romperse, pura ilusión, y que la única realidad es el silencio y la negrura de esta noche infinita.

El peso de esta soledad es lo que me ha hecho despertar angustiado. General-

mente, nos despierta algo que rompe el silencio o las tinieblas. Pero ahora ha sucedido lo contrario: yo reposaba porque me sentía acompañado, y el sentir la soledad es lo que me ha hecho despertar con tanto sobresalto. Me llena de pavor el pensar que mi muerte pueda ser algo semejante a este despertar, pueda ser el alzarse mi alma en medio de las tinieblas y el silencio, de la soledad absoluta.

No sé el tiempo que ha pasado ya desde que se rompió mi ensueño, desde que

braceo entre estas negruras: me parece la eternidad...

No, no es ilusión: allá a lo lejos, muy lejos, apunta una tenue claridad.

Mi alma se siente reconfortada. La claridad aumenta, avanza.

Es que por las rendijas del balcón comienza a penetrar la luz del día. Suben de la calle los primeros ruidos matutinos. La soledad se puebla milagrosamente de seres familiares; no queda ni un pequeño vacío.

Ya no me siento vivir solo, sino junto a otras vidas y dentro de otra vida.

Sobre el negro desierto de la noche ha florecido un mágico jardín.

Mariano BENLLIURE Y TUERO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

UNA VISIÓN DE TOLEDO

HE recibido un libro, cuyo mérito más saliente es el de ser muy personal. Me refiero a la novela—¿es precisamente una novela?—del escritor navarro Félix Urabayen, *Toledo: Piedad*. Ignoro la cantidad de autobiografía que realmente haya en ese libro escrito en forma autobiográfica; pero lo que en él se destaca es el valor subjetivo, la fantasía lírica inspirada en el autor por el *genius loci* de dos elementos diversos de España: la Navarra septentrional y Toledo.

A la primera página sentí la caricia de un paisaje conocido y amado: la cuenca del Bidasoa; hasta el valle del Baztán; renovóse en mi memoria una jornada deliciosa; desfilaron ante mi vista interior las vertientes tupidas de bosque, los pueblecillos de recia sonoridad vasca, los enjambres de recuerdos históricos adheridos a la curva, eterna de las montañas y a la piedra vetusta de las casas de mayorazgo. Pero esas páginas iniciales tienen un valor de contraste; esa fuerte masculinidad española, vasconavarra, germen de un reino que fué padre de reinos y dinastías, la opondrá el autor-protagonista a la visión de otra forma madre de la espiritualidad española: Toledo, oasis en el páramo, fortaleza guarecida en un recodo del Tajo, vieja metrópoli donde la dureza imperial germánica que se había paganizado en su etapa italianesca de la Edad Media adquirió en pleno Renacimiento una irreductible sequedad semítica.

Toda esa obra encubre una intensa voluntad de símbolo. Un amor de mujer funde la estirpe vasca con la herencia rústica de Castilla. Pero ¿tiene esa Castilla, como representación, un valor de feminidad para oponerla a la virilidad de Eusebia? Lo que debilita el contraste de ese libro (su valor trágico) es la similitud fundamental entre sus elementos. Si entre los dos paisajes hay gran diferencia emotiva, en cambio, las dos humanidades—la vasconavarra y la castellana—han concurrido a la formación de un mismo tipo tradicional; por ello, la infusión de una sangre en otra no puede tener hoy la trascendencia que el autor quisiera para formar un tipo nuevo que devolviese la juventud a España.

Páginas interesantes, sin duda, las que el autor consagra a evocar el alma fantasmática de Toledo. Recordad, lectores, vuestras sugerencias familiares en la ciudad que ha visto florecer tan diversas culturas. Toledo es un tópico demasiado fácil para las ampliaciones de erudición barata, que quieren pegar las alas de Icaro a las páginas del Baedeker... Pero siempre queda, en algún rincón silencioso de la ciudad profanada, el olvidado braserillo de los sahu-

meros mágicos, que escapó a los sabuesos del Santo Oficio; y los visitantes escogidos sabrán encenderlo para que el vaho de los turbidos orientales pueda revelarles el espíritu oculto de la venerable ciudad, que tal vez ha permanecido judaizante bajo la doble mole del Alcázar y de la Catedral Primada.

Personalmente, yo recuerdo de mi visita a Toledo los momentos en que sentí el soplo del vendaval inconfundible; todos tuvieron una señal trágica: el contraste. Contraste de la opulencia ornamental renacentista con la tremenda crueldad sacrificial: la vieja cruz de los autos de fe recostada en el ámbito de San Juan de las Reyes.

Contraste de la riqueza sepulcral de hoy con la humillación del suplicio de ayer: los túmulos de mármol del gran condestable y su mujer, bajo las naves de la catedral. Esa cabeza trunca, que imaginamos hoy macabramente reunida al esqueleto, roció de sangre, desde Valladolid, como bautismo administrado en un cáliz, los dominios que presidió Toledo, predestinados a una gloria sombría. Y otra cabeza truncada medio siglo después, la de Padilla, renovó sobre la ciudad, desde el lejano martirio, la consagración trágica...

Contraste entre lo que pudo ser la ciudad y lo que luego fué: la huella musulmana y la rabínica, Bisagra y el Tránsito, las reminiscencias mudéjares y Santa María la Blanca. Toledo pudo ser, como hubiera sido acaso Granada sin las vandálicas destrucciones ejercidas en Bivarrambla por Cisneros, una Alejandría occidental donde la herencia de los Concilios, ambigua de romanismo y barbarie, se juntase al semitismo masorético y cabalista, y donde las tres religiones monoteístas floreciesen como un trébol simbólico, para que el *gentil* de Raimundo Lulio viniera a dialogar en los pórticos de Zocodover con los Tres Sabios y descubriera su significación secreta el cuento de Los Tres Anillos, narrado en el *Decamerón* y transmitido luego al *Mercader de Venecia* y a *Nathan el Sabio*, de Lessing.

¿Más contrastes aun, sugeridos por la sombra histórica de Toledo?

No busquéis en la Vega, desde donde sube un tintineo metálico de aceros golpeados sobre la forja de Julián del Rey, cantada por Heredia, la memoria de la mítica Florinda y de sus holgorios, terribles como los de Helena, para contrastarla con la leyenda, devota como un ejemplario, del Cristo que atestigüó el noviazgo de la heroína de Zorrilla. No. Mirad el río que circuye la alcazaba y se aleja en su cauce austero hacia las llanuras del Oeste. Allá, en su des-

embocadura, encontrará otra ciudad rival, Lisboa, sonora de navíos que zarpan hacia las rutas tenebrosas, atraídos por el grito de los fabulosos antepasados célticos, cuya sentimentalidad, pasional y turbulenta, es el tipo humano opuesto a la rígida y adusta tonalidad del Toledo imperial.

Pero ahí surge otro nuevo contraste. Dejemos las costanillas que abren sus posadas cervantinas o levantan sus muros conventuales, donde vino a soñar Angel Guerra. Allá, en el Hospital de Afuera, contemplando la mascarilla pétrea del cardenal Tavera, y aun ahora mismo, en Santo Tomé, ante el pálido rostro del conde de Orgaz, que vive eternamente en la Muerte, se nos ha evocado, a modo de refugio consolador, la figura juvenil de Garcilaso, pastoral y heroico, que murió joven, como una prueba de que los dioses renacientes le amaron; a él, que parecía uno de los torsos divinos de la herencia pagánica, resurgidos entonces de las excavaciones. Yo creo que esa figura es el contrapeso de la otra figura ambigua de pagano y cristiano, ese Theotocupuli que fué sólo el cuerpo de un griego para envoltura de un alma semítica (no me atrevo, como Urabayen, a judaizarle definitivamente), mientras Garcilaso fué un alma helénica, como de triunfador pincharico, en un cuerpo de doncel cortesano, digno de ser estilizado por Castiglione...

Voy a transcribir, para mi comentario, algún párrafo del autor en las páginas finales de su libro, destinadas a resumir su símbolo. Ahí va, en el margen de la página que ante mi vista tengo abierta, un gran No de disentiimiento. Y dice la página:

«Es un error esperar la libertad de la espada de Padilla, espada de revuelta, espada estéril... Yo siento mucho no poder ofrecer a esa doncella un guerrero férreo como el Comunero, o un sofista de la decadencia. Si la viuda de Padilla quiere casarse tendrá que dar su mano a gente nueva: químicos, ingenieros o colonos. Dulcinea lleva siglos sin moverse; no creo que su anemia se cure con el hierro guerrero, sino con el hierro hecho maquinaria. Esperar al caballero que murió en Villalar es un suicidio; el nuevo galán no hace trovos. ¡Pero puede ser un buen marido!»

¿Tendré que decir cuán diferente es mi opinión sobre ese matrimonio? Nunca fué tan necesaria como ahora la rebelión de Padilla, inspirada en el fuego de un Garcilaso menos virgiliano que aquél, menos imitador plácido de plácidos imitadores; un Garcilaso suscitador, que hubiese estudiado en el laboratorio diabólico de algún olvidado nigromante judío...

La página final del volumen nos da, en dos frases, el sentido capital. «En Vasconia—dice—, el gris, que es el creador de la humana tristeza, está en las nubes. ¡Y las nubes son tan inestables, son tan fugitivas!... En cambio, el azul, manantial de la esperanza, está en la tierra, en la sonrisa de los prados, en el canto litúrgico de maizales y helechos. Vasconia entera tiene la piel azul. Castilla, por el contrario, tiene el azul en el cielo y el gris abajo, en la tierra. Su alegría es inestable, fugitiva; su tristeza, eterna. Toda la piel de Castilla es gris. ¡Por eso puso el ideal tan alto... y así se quebró!... El individuo perece, pues nuestra vida es un momento. Los dioses se van o, por lo menos, cambian de traje. Sólo las razas perduran...»

No quiero abandonarme ahora al fecundo comentario de las primeras palabras de esa transcripción. Pero... tampoco las razas perduran; llego a creer que nos encontramos en el momento de las crisis de las razas, que van a ceder su vitalidad a la lucha final de las cas-

tas, para la definitiva fusión humana y el advenimiento de otras luchas más puramente espirituales. Acaso esa lucha de Irlanda, sobre el solar céltico, es la persistencia arcaica del último racismo fuerte; y esa otra lucha de Rusia es el momento inicial de la última batalla de castas...

Gabriel ALOMAR

LECTURAS

La librería Plon, de París, acaba de publicar «Te souviens tu...», por Hugues de Roux.

«El placer de sufrir» se titula una

honda y admirable novela con que Alfonso Hernández Catá acaba de aumentar la lista de sus siempre igualmente interesantes y bellísimas producciones de este género.

A los lectores de LOS LUNES, que han saboreado en estas páginas muchos sabrosos frutos agri-dulces del huerto literario del ilustre escritor, no hay que de

cirles en elogio de «El placer de sufrir», sino que la hermosa novela marca la plenitud del talento creador que tantas veces les ha deleitado.

La Casa Editorial Hispania ha publicado la segunda edición de «El pícaro oficio», novela por Joaquín Belda.

CASA RUIZ

PELETERÍA FOURRURES

Presenta espléndida colección de modelos en peletería fina.

ABRIGOS.- Nutria, Petit-gris, Kolinsky, Topo y Visón del Canadá.

RENARDS.- Argenté, Croisé, Bleu, Cendré, Alaska y otros.

CHALES.- Chinchilla, Armiño, Marta, Skunghs, Petit-zivelina, etc.

POSTAS, 2

MAYOR, 7 Y 9

MADRID



Vista parcial de la Biblioteca del Hotel de Paris.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

Impermeables Xavier

(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Unica Casa en Asturias para uniformes militares.

XAVIER MARTIN

Universidad, 14; Sanz y Perés y Rúa, 18. Oviedo

CERVECERÍA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE
Corrida, 11 GIJÓN

Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas.
Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.—MADRID

GRAFICO-HISPANO
FOTOGRAFADO

ART. GALILEO 34 TELÉFONO 0859

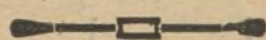
AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27

== MADRID ==



RELOJES PULSERA DE NOVEDAD CON MAQUINAS DE PRECISION ABSOLUTA



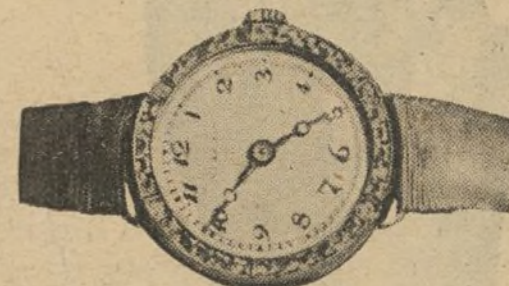
Núm. 1.—Rem. oro 18 kl. y platino,
8 brillantes y onix.
Ptas. 1.350



Núm. 2.—Rem. oro 18 kl. y platino
con brillantes
Ptas. 2.750



Núm. 3.—Rem. oro 18 kl. y platino
con brillantes y zafiros
Ptas. 1.750



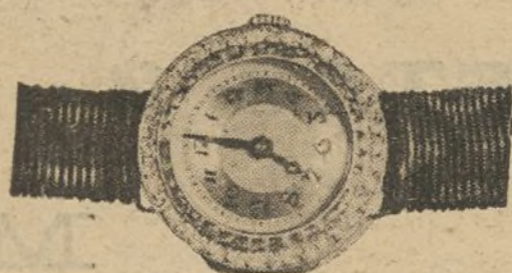
Núm. 4.—Rem. oro 18 kl. y platino
con 6 brillantes y esmeraldas.
Ptas. 800



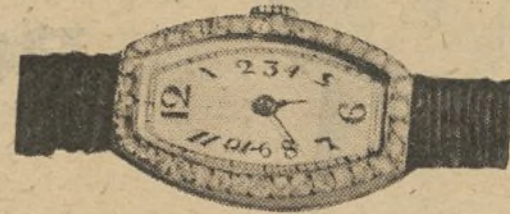
Núm. 5.—Rem. oro 18 kl. y platino
con brillantes.
Ptas. 1.000



Núm. 6.—Rem. oro 18 kl. y platino,
32 brillantes y 4 zafiros.
Ptas. 2.000



Núm. 7.—Rem. oro 18 kl. y platino,
38 brillantes y zafiros.
Ptas. 1.750



Núm. 8.—Rem. platino con 36 bri-
llantes.
Ptas. 1.750



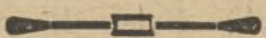
Núm. 9.—Rem. platino con 14 bri-
llantes y 37 diamantes.
Ptas. 2.200



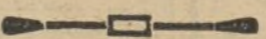
Núm. 10.—Rem. oro 18 kl. y platino,
34 brillantes.
Ptas. 1.850



Núm. 11.—Rem. oro 18 kl. y platino,
20 brillantes y 4 onix.
Ptas. 1.600



TODOS ESTOS MODELOS TIENEN PULSERA DE CINTA DE MOIRÉ
A CADA RELOJ ACOMPAÑA CERTIFICADO DE GARANTÍA



REMESAS A PROVINCIAS

CARLOS COPPEL == 27, Fuencarral, 27 == MADRID